

DISCURSO DE SU EXCELENCIA EL PRESIDENTE DEL ESTADO DE ISRAEL EN EL ALMUERZO OFRECIDO EN SU HONOR POR SU MAJESTAD EL REY DE ESPAÑA.

Majestades, Don Juan Carlos I y Doña Sofía,

Altezas Reales, Don Felipe y Doña Letizia,

Sr. Presidente del Gobierno,

Sr. Presidente del Senado,

Sres. Ministros,

Autoridades,

Señoras y Señores,

Majestad,

Me conmueve estar aquí en el Palacio Real y quisiera agradecerle la cálida bienvenida que me ha brindado su país.

Durante su visita a Jerusalén en 1993 Su Majestad enumeró en la Knéset los desafíos principales a los que se enfrenta el mundo: "la victoria de la democracia, el respeto de los derechos humanos, la universalización del estado de derecho y la erradicación del racismo."

En los dieciocho años que han transcurrido desde entonces, el mundo ha cambiado hasta el punto de resultar irreconocible. No obstante, los objetivos que indicó Su Majestad entonces siguen siendo vigentes actualmente.

Los ojos de España y los ojos de Israel miran hacia el futuro. Sin embargo en sus miradas se puede ver reflejada la historia de nuestras naciones.

Es ésta una historia escarpada, con elevadas cumbres y con valles abismales. En los últimos mil años hemos sido testigos de tres épocas contrapuestas.

Permítanme que empiece con la Edad de Oro, que duró unos doscientos años. Fue una era de esplendor de los tres pueblos: español, árabe y judío, y un encuentro beneficioso para las tres religiones: el cristianismo, el islam y el judaísmo.

Fue la cúspide de una amistad y la cumbre de una cultura que suscitó la añoranza hacia el pasado y la esperanza hacia el futuro.

Tras ella llegó una época que extendió una oscura sombra sobre nuestras relaciones: la expulsión de Sefarad. Esta época duró unos cuatrocientos años. Los judíos se vieron obligados a abandonar España o convertirse al cristianismo. Cuatrocientos años estuvieron ausentes los judíos de España.

A diferencia de lo que sucedió en otros países europeos, los españoles no convivieron con los judíos cara a cara y los judíos no residieron en España. Entretanto, en España se crearon estereotipos negativos de los judíos.

En la primera mitad del siglo XX, España estuvo sumida en una guerra civil, una sangrienta guerra ideológica.

Casi al mismo tiempo nos tocó a nosotros vivir el Holocausto. Un tercio de nuestro pueblo fue aniquilado, entre ellos un millón y medio de niños.

La tercera época, la presente, comenzó hace un cuarto de siglo, con el establecimiento de las relaciones diplomáticas entre España e Israel.

Felipe González y yo mismo firmamos el establecimiento de las relaciones en La Haya. Ambos éramos más jóvenes y estábamos muy emocionados. Cuatro horas duró el vuelo a La Haya, para cruzar cuatrocientos años de tristeza.

Treinta y nueve años antes, la ONU había tomado una decisión sobre la creación de dos estados: uno judío y uno árabe.

Israel aceptó la decisión, a pesar de que el territorio que se le había concedido era exiguo, y contenía más fronteras que tierras.

Los árabes rechazaron la decisión y en su lugar declararon la guerra contra el estado que aún no había nacido.

Estábamos solos. Y luchamos por nuestras vidas en condiciones durísimas.

La población árabe era entonces ochenta veces superior a la nuestra, veinte veces superior el número de países y siete veces el número de ejércitos, antes incluso de que tuviéramos tiempo de crear el nuestro.

Ellos tenían aviones y tanques. Nosotros algunos fusiles y ametralladoras. Perder aquella guerra habría puesto punto final a nuestro renacimiento como nación, y quizá habría significado también el fin de nuestra existencia como seres humanos.

Tuvimos que luchar y construir al mismo tiempo. Fundamos un estado y establecimos una sociedad nueva. Convertimos el desierto en una tierra floreciente. Suplimos la pobreza de la tierra con la creatividad científica.

Nacimos como democracia y actuamos como democracia. Las batallas no detuvieron en ningún momento nuestro proceso democrático.

Aparentemente somos la única democracia que, durante sus 63 años de existencia, se ha visto obligada a repeler siete ataques militares, varias intifadas de terrorismo, una incitación desenfrenada y un boicot económico, todo ello con el objetivo de aniquilarnos.

A pesar de las circunstancias no hemos dejado de esforzarnos por alcanzar la paz. Hemos pagado el precio de la guerra sin dejar nunca de estar dispuestos a pagar el precio de la paz.

Cuando se hizo posible la paz con Egipto y la paz con Jordania, les devolvimos la tierra y el agua que habían quedado en nuestras manos a raíz de la guerra.

Cuando fue posible, abrimos también el proceso de negociación de paz con los palestinos.

Acordamos que el pueblo palestino, que no había sido nunca independiente, tuviera un estado, tuviera una tierra y agua en los territorios que les traspasaríamos.

Iniciamos la retirada por iniciativa propia en la Franja de Gaza y la cedimos a la Autoridad Palestina. Desgraciadamente Hamás se impuso sobre la Autoridad Palestina y acabó controlando la Franja convirtiéndola en base de misiles y terrorismo, disparando contra las poblaciones civiles israelíes.

No entendimos entonces, y cuesta entender incluso ahora por qué abrieron fuego. ¿Cuáles fueron las causas? ¿O cuál era el objetivo? Israel se había retirado de Gaza completamente y había indicado que no tenía intención de volver a entrar.

La falta de lógica del terrorismo de Hamás, respaldada por el apoyo iraní, es una muestra de desprecio hacia la paz y ha dañado enormemente las negociaciones sobre Gaza.

Los ciudadanos israelíes le preguntan a su gobierno cómo se puede garantizar que una retirada de Cisjordania no haga que se repita la historia de Gaza.

Aún a falta de una respuesta satisfactoria a esta pregunta, hemos seguido y seguiremos negociando, hasta que surja un modelo apropiado y nuevo de dos estados que conviven en paz: un estado palestino, independiente, democrático que se apoye en una economía basada en la ciencia y la tecnología, junto a un estado israelí democrático con una economía que ya está apuntalada en la ciencia y la tecnología.

La libertad del pueblo y el crecimiento del mercado responderán a las expectativas que se han despertado últimamente también en nuestra zona. Recordemos que en Oriente Próximo había dos estados no musulmanes: El

Líbano, cristiano, e Israel, judío. Ambos han sido convertidos en diana de las flechas lanzadas desde todas direcciones.

El Líbano, desgraciadamente, ha perdido su carácter cristiano. Israel defiende su existencia y conservará su identidad histórica también en el futuro.

Hemos vuelto a nuestra lengua. La lengua de los profetas. Nuestros hijos leen la Biblia en la lengua original.

Hemos rehabilitado la tierra de nuestros ancestros, cubierta a lo largo de dos mil años por capas de ruinas dejadas por las guerras y polvo de generaciones.

Hemos respetado y respetaremos todos los lugares santos: los de los cristianos, los de los musulmanes y los de los judíos.

Majestad,

Bajo Su reinado, España se ha vuelto a encontrar a sí misma y es hoy por hoy un país democrático, ilustrado y amante de la paz.

Bajo Su reinado las relaciones entre España e Israel se han restaurado.

España fue anfitriona de la Conferencia de Madrid, la piedra angular del proceso de paz. Y a ese proceso no renunciaremos hasta que alcancemos una paz íntegra.

Quisiera darle las gracias por haber creado Casa Sefarad-Israel, una casa que alberga las nuevas relaciones.

En nuestra biblioteca guardamos un lugar de honor para la herencia española, desde Cervantes hasta Lorca.

También para los libros de arte que incluyen la impresionante contribución artística de España, a través del pincel, el esmalte, la piedra.

En la misma biblioteca guardamos asimismo la herencia judía que nació en Sefarad, desde Maimónides hasta Ibn Gabirol.

Ahora se está desarrollando la colaboración científica entre nosotros. Esta colaboración nos permitirá acercarnos a aquellos objetivos que Su Majestad enumeró en su discurso en Jerusalén.

Majestad,

Aquel acontecimiento y este evento quizá abran la puerta a una nueva Edad de Oro en las relaciones entre las tres culturas tal y como convivieron en España.

Y seremos lo que siempre quisimos ser: cada pueblo con su bandera, pero colaborando conjuntamente en aras del enaltecimiento de la cultura, el progreso la ciencia, la consolidación de la democracia y la consecución de la paz.

Le doy las gracias por hacer que desde este mediodía podamos vislumbrar el amanecer del mañana.